

culottes] con hacer que se diesen cuarenta sueldos diarios á todo el que asistiera á las asambleas de seccion; y así insinuando que la nacion estaba pobre, pero que los particulares eran ricos, hizo declarar á la nacion heredera de todos, y pidió la requisa de víveres, de riqueza, de armas, el armamento universal.

Los bienes de los prosritos fueron una mina inagotable. En la junta de salvacion pública se proyectó demoler los castillos, las iglesias, los palacios y quintas reales, abrir grandes caminos en los bosques de la corona, y dar aquellos materiales á los descamisados con seis yugadas de tierra á cada uno, y la obligacion de construirse una casa y tomar mujer. De esta manera se pensaba crear un número de familias republicanas que habrían defendido con su sangre sus improvisadas propiedades. Así la revolucion, individual en su origen, llegó á ser social en la forma, proclamó la libertad natural y la soberanía nacional, y en todas sus insituciones dió muestras de la dignidad del hombre y de la mancomunidad social. Pero despues se convirtió en monopolio; se levató la plebe proscribiendo á los ciudadanos; los jacobinos desnaturalizaron la generalidad de la revolucion, mientras renegaban de la inteligencia poniendo á la soberanía en el número, y dando á entender con esto á la plebe que la fuerza era el derecho. El presidente de la Convencion decia: "pan, hierro, pólvora y virtud, bastan para hacer libre y feliz á un pueblo." De aquí el estermio de los enemigos y de la dictadura; la revolucion se separa de los principios de la civilizacion europea, y los jóvenes discípulos del filántropo Rousseau, con lógica audaz endurecian sus corazones en nombre de la razon, y derramaban sangre con la frialdad de los peores tiranos.

Laplanche daba cuenta de este modo de sus operaciones: "En todas partes he puesto el terror al orden del dia; en todas partes he sometido á contribucion á los ricos y á los aristócratas; en todas partes he hecho fundirlas campanas, reunido muchas parroquias, destruido á los federalistas, encarcelado á los sospechosos, dado mayor fuerza á los descamisados. En las casas de reclusion, los clérigos disfrutaban de todas las comodidades de la vida, al paso que los descamisados se veian obligados á echarse sobre la paja; pero yo he regalado á estos últimos con los colchones de los primeros. He hecho que se celebrasen á troche y moche en todas partes infinidad de matrimonios de clérigos [1]; elec-

(1) El que quiera tener una idea exacta de los grandes sufrimientos del clero francés y de sus actos de heroismo en la época del terror, podrá leer la historia del clero de Francia, escrita por Mr. Barruel. No ignoramos que muchos franceses la han tachado de exagerada, pero nosotros, lejos de conformarnos con la opinion de tales, la recomendamos á nuestros lectores, por-

trizado por do quiera los corazones y exaltado los espíritus; he puesto en buen orden las armerías; he visitado las fábricas, los hospitales, las cárceles; he hecho poner en marcha un crecido número de batallones en masa formados de gente reclutada en leva; he pasado revista á muchos guardias nacionales, con objeto de republicanizarlos y guillotinar á un sinnúmero de realistas; en fin, he desempeñado el mandato imperativo que se me ha confiado, y me he portado en todas partes como buen montañés, lleno de entusiasmo y como verdadero representante revolucionario."

Un individuo de la asamblea anunció que en Hagenau unas setenta mujeres se ataviaron lujosamente para salir al encuentro de sus parientes emigrados, alimentando la viva esperanza de que volvieran con el ejército austriaco; pero habiéndolas descubierto un tropel de caballeros franceses que estaban en acecho, no dejaron mas á sus enemigos que los despojos de aquella gente inmolada á la venganza nacional. El representante del pueblo en Rochefort, despues de haber manifestado que habia establecido ya el tribunal revolucionario, añadió: "pero para completar su número, carecimos del miembro mas importante. Fué entonces citando me trasladé á la asamblea de los acalorados patriotas, y dije: ¿hay alguien entre vosotros que quiera dar á la república una prueba brillante de su patriotismo? Carecemos de verdugo; ¿quién quiere desempeñar su papel?—yo, dijo un ciudadano en tono de exclamacion; entonces lo llevé á almorzar conmigo: echamos brindis al triunfo de los descamisados, é inauguramos con libaciones generosas, la primera magistratura de la república." Una aldea nos regaló un cofre de tocino para suavizar la guillotina, y la asamblea ordenó que se le diera las gracias.

La ciudad de Lyon, que era el punto de centro meridional en donde habian logrado poderse reunir los descontentos para facilitar la entrada en el territorio á los extranjeros, fué bárbaramente bombardeada (9 de Octubre de 1793). Tomada esta infeliz ciudad por los revolucionarios, despues de haber opuesto una fuerte resistencia, se convirtió en teatro de horrible carnicería, y se pretendió tambien borrar su nombre de la historia. Couthon, condecorado con el alto título de general popular, cuyo furor sin límite ocupaba el lugar del arte necesario para la guerra, hizo derribar veinticinco mil casas; Collot d'Herbois, que habia servido diez años antes de blanco á los silbidos y al escarnio en público teatro, mandaba diariamente á la guillotina cincuenta ó sesenta víc-

que los hechos que refiere Barruel se encuentran consignados en otros autores contemporáneos y muy imparciales, que han escrito sobre la revolucion á que aludimos.

[Nota del traductor.]

timas; y cuando los cinco jueces que componian el tribunal, y el verdugo le hacia presente que estaban rendidos, contestaba en estos términos: "inflamad vuestro corazon con el amor de la patria como yo lo hago, y recobraréis mas fuerzas y nuevo vigor;" y luego exclamando: "¿cuán taciturna es la venganza de la patria!... es menester que hiriera como el rayo... hizo descargar contra los culpados metrallas. Marsella y Burdeos ofrecieron los mismos atroces espectáculos, y sin embargo Collot decia: "el instrumento acostumbrado para quitar la vida no ejercia sus funciones con bastante prontitud: el martillo obraba muy despacio las demoliciones: la metralla ha sido la que ha destruido verdaderamente los hombres, y la mina la que ha hecho desplomar los edificios. Los que pecieron tenian las manos empapadas en sangre de patriotas; bastaba tan solo verlos para distinguirlos sin equivocacion ninguna."

Las medidas que tienen un carácter demasiado enérgico suelen llevar en pos de sí providencias crueles, y éstas se aumentaban cada dia mas en Francia, bajo el pretexto de que se pretendia sofocar intrigas inglesas. Desde un principio aquellos de quienes sospechaba el gobierno revolucionario podian á lo menos durante la noche abandonar los lugares, donde se quedaban escondidos de dia; pero mas adelante se determinó que se registraran las casas sospechosas tambien durante la noche; así que, todos se hallaron espuestos á la atroz guillotina. Herbet, que habia sido, como hemos indicado ya, vendedor de billetes del teatro, y que ademas de hallarse revestido de una autoridad improvisada, que ejercia con aquella violencia tan propia de los viles, y que publicaba el *padre Duchesne*, periódico mas infame y repugnante que el redactado por Marat, culpó á María Antonieta de haberse escedido hasta contaminar las inocentes costumbres de su hijo. Esta acusacion horrorizó á los mismos jacobinos, y la austriaca con los ojos empapados en lágrimas, exclamó: "Apelo al corazon de todas las madres que están aquí presentes." Sin embargo, fué condenada unánimemente al último suplicio (16 de Octubre de 1793). El desventurado delfin, fué confiado á la tutela de un tal Simon, zapatero, y los despojos de los monarcas que descansaban en San Dionisio (1) fueron arrojados al viento.

[1] Saint Marc Girardin, en la *Revue des Deux Mondes*, 1851, tom. XI, p. 730, bosqueja el retrato de María Antonieta en los términos siguientes: "He oido hablar mucho de María Antonieta por personas que habian presenciado la revolucion; y ningun hombre de los que alimentan sentimientos tiernos y alguna elevacion de ingenio, me ha hablado de esta mujer sin emocion, no tan solo por su infeliz é innmerecido destino, sino tambien porque poseia las dos cualidades principales de mujer y reina; á saber, la amabilidad y el valor. Sus modales estaban llenos de afabilidad y tenian aquella dignidad que

Los girondinos que se tenian por hombres moderados, fueron á la sazón culpados de fomentar la guerra y los trastornos de los países meridionales de Francia, por lo cual se

no carece de gracias; sabia usar del tono de reina y abandonarlo con cordura, y una facilidad singular; tenia mucho gusto en agrar á los que lo merecian ó que parecian merecerlo; no se descubria en esta mujer ningun deseo trivial de popularidad. Pretendia ser apreciada todo lo que ella creia que debía serlo, pero únicamente por las personas mas escogidas que la rodeaban, y no tuvo nunca el ansia de figurar fuera de este círculo, no cuidándose del público. Estas eran sus gracias como mujer, y estas ocasionaron su desventura como reina. Amado tan solo á los que preferia, y no pudiendo preferir á todos, tuvo por enemigos á los que no prefirió y estos fueron muchos. Añadiase á su amabilidad cierta inclinacion á chancearse, ó para hablar mas propiamente, á manifestarse siempre alegre; pero esta misma conducta la hizo culpable de orgullo y de cierta altanería despreciativa. El que considere que la amabilidad natural y verdadera de María Antonieta, redundó tan cruelmente en su perjuicio, se inclina á creer que la indiferencia y la trivialidad que se echan en cara á los príncipes, son mas bien cualidades y medios de defensa para ellos, que defectos.

El valor de María Antonieta era tambien de una naturaleza esquisita; su carácter era sencillo, vivo, muy pronto, sin afectacion ni pompa. En los peligros se manifestaba mas vigorosa porque el peligro suele motivar el heroismo y ella se sentia capaz de acciones heroicas. Habria preferido usar de su valor arrojando los peligros, mas bien que soportando la desventura; tenia mas vigor que resignacion; pero no causó menos maravilla cuando no pudiendo manifestar su valor sino por la paciencia y la resignacion, mostró poseer en la prision ambas virtudes, así como delante del tribunal revolucionario, y subiendo al patíbulo. Sin embargo, en su resignacion conservó siempre cierto aire de altivez que me agrada sobremanera, porque hay algunos ultrajes que es menester aceptar humildemente ante la Divinidad, al paso que es muy justo vencerlos con el desprecio ante los hombres. La desventura viene de Dios: inclinémonos á obedecer: los ultrajes vienen de los hombres: y entonces debemos erguir la frente.

María Antonieta tenia dos vocaciones, la de ser reina dichosa, y esta le fué quitada por la fortuna; la de ser heroína y esta le fué impedida por la debilidad de su esposo. Si era dichosa podia embellecer su misma fortuna y la habria dado un carácter de amabilidad con las dotes bondadosas de su alma y con la viveza de su ingenio. Lanzándose á grandes empresas habria manifestado su heroismo. Aquellos que la vieron en los dias que el peligro le salia al encuentro bajo una forma amenazadora muy diversa de la que es propia de la desventura, conservaron una memoria indeleble de su valor. "La noche del 5 de Octubre (dice Rivarol), recibí á muchísima gente, habló con fuerza y dignidad, y comunicó la segu-

decretó contra ellos pena de muerte. Estos subieron al cadalso entonando himnos á la libertad y á Francia, mientras que el populacho hediondo que les acompañaba, se complacía en ultrajar á aquellos personajes tan honrados. En aquel número estaba comprendida madama Roland, que se distinguía por su belleza y fuerza de alma, mujer respetada y temida por sus mismos enemigos, que en otro tiempo habían sido amigos suyos,

ridad de su alma á los que no podían ocultarle sus temores." Sé muy bien (dijo ella) que vienen á Paris para pedir mi cabeza; pero yo he aprendido de mi madre á no temer la muerte y la esperaré con firmeza.

"La admiración que inspiró la reina aquella noche fué tan viva, que recibió por esto hasta en el proceso de 1793 un testimonio inesperado. El conde d'Estaing, citado como testigo contra ella, declaró que hallándose en el palacio real la noche del 5 de Octubre en calidad de comandante de la guardia nacional de Versalles, había oído decir, que habiendo participado los consejeros de la corte á la reina, que ahora se hallaba encausada, que el pueblo de Paris venia para asesinarla, y exhortándola al mismo tiempo para que huyera, había contestado con firmeza de carácter: "Si los parisienses vienen para asesinarme, me quedaré á los pies de mi consorte, no huiré."—La acusada: "es la verdad. Querian inducirme á partir sola, diciéndome que yo sola me hallaba en el peligro; y yo contesté lo que el testimonio ha dicho."

Estas palabras no eran una vana jactancia: en efecto, la mañana del día 6 de Octubre cuando se la obligó á asomarse al balcón, se presentó con su hijo y su hija. *No queremos muchachos, allá la plebe.* Estas palabras parecían indicar que los insurgentes querían dispararla algún tiro, ella misma lo creyó así, y después de haber hecho retirar á los niños, volvió á presentarse valerosamente en el balcón sin palidecer, aunque no dudaba de estar próxima á su muerte. En aquel día esperó la aflicción del patíbulo, pero de un patíbulo que le convenia porque figuraba aún como reina en medio de su corte, en Versalles, y como ella lo desaba, al lado del rey.

Sin embargo, esta reina por su desgracia, á pesar de que había sido formada por la naturaleza para disfrutar de una vida fácil y espléndida, ó para otra sembrada de peligros y aventuras, ó poseía las calidades de una reina hábil, atenta y laboriosa. Era hija de Maria Teresa por el valor que tenía en arrostrar los peligros, pero no podía decirse lo mismo con respecto al arte y á los trabajos que requiere el gobierno. Aun cuando hubiese tenido este arte y acierto para gobernar, no sé si hubiera podido vencer la revolución hallándose encadenada por la voluntad débil é incierta de Luis XVI, y obligada á oscilar siempre con él. No habiendo tenido, por la amargura de los tiempos, la suerte halagüeña y espléndida que había deseado, ni habiendo podido conseguir á consecuencia del carácter de su esposo, una vida heroica y sembrada de peligros, que habría aceptado de buen corazón, se vió reducida á las miserias de la prision, de un proceso, del pa-

y á quien se culpa de haberse negado á revelar el sitio en donde su esposo se había refugiado. Esta insigne mujer espiró confiando siempre en la causa republicana; pero poco antes de morir exclamó: "¡Oh libertad! ¡cuántos crímenes se perpetran en tu nombre!" Su consorte cuando recibió la noticia del triste fin de su amada esposa se suicidó. Condorcet (1) en su escondrijo encontraba algun alivio en medio de un tan crecido nú-

tibulo, esto es: á una adversidad que no tenía otro esplendor sino el de un cambio terrible de fortuna. Maria Antonieta hizo suyas las virtudes (y por esto la admiró con especialidad), que no eran las de su carácter sino las que convenian á su suerte. Fué paciente y tranquila; trocó la energía en firmeza; y de heroína se convirtió en mártir, encontrando en la fuerza de su alma otro género de valor mas grande, porque necesita perseverancia; y de esta manera dió á conocer que las almas grandes y fuertes saben honrar con la constancia cualquier especie de desventura.

(1) El marqués de Condorcet, que tuvo mucha parte en la revolución de 1789, se envenenó en la cárcel, como hemos dicho en una de nuestras notas anteriores; pero su memoria ha pasado á la posteridad, no solo por sus desdichas políticas, sino tambien por un crecido número de obras, que nos ha dejado, y que merecerian un exámen crítico minucioso, que no puede formar el objeto de una nota; nos limitaremos, pues, á indicar dos de sus teorías, las cuales, aunque fantásticas, han llamado la atención de los doctos, á saber: la de la perfectibilidad indefinida de la humanidad, y la de la prolongación sin término de la vida. La primera, á pesar de que tiene cierto fondo de verdad, considerada en sus generalidades, lejos de ser una realidad como los socialistas en su exaltación han pretendido demostrar, no es mas que un sueño filantrópico. Si esta doctrina fuese verdadera, debería llegar un día en que fuese dable á todos los hombres conseguir una completa felicidad, desapareciendo de la faz del globo todos los vicios que amancillan al género humano, lo que significa en otros términos, convertirse los hombres en ángeles, y asimilarse á la Divinidad. Semejante delirio filosófico y político, no puede producir mas que especulaciones vanas y tal vez desórdenes sociales. Así es, pues, que nosotros lo colocaremos al lado de la doctrina que sostuvieron en la edad media algunos teólogos, los cuales creían haber descubierto en las Sagradas Escrituras una gran profecía, que daba al hombre la certidumbre de que después de haber bajado del cielo Jesucristo al fin de los siglos y juzgado á los pecadores y á los justos, seguiría otro reino terrenal de completa felicidad por el trascurso de mil años. Los que sostuvieron esta doctrina fueron llamados entonces los milenarios. No sabemos comprender por qué los socialistas que pretenden demostrar la perfectibilidad indefinida del hombre, no se han apoderado tambien de aquella supuesta profecía muy oportuna para dar mas ensanche aún á sus delirios.

La otra teoría de Condorcet, acerca de la prolongación indefinida de la vida humana, es muy

mero de delitos, pensando en la perfectibilidad humana, y últimamente, habiendo caído en manos de los asesinos se libró del cadalso mediante un veneno que Cabanis había proporcionado á varios de sus amigos. El duque de Orleans arrojó el patíbulo con ánimo tranquilo.

La idea de una muerte inmediata se había hecho tan habitual, que no causaba ya terror; en las cárceles se contraían nuevas amistades y hasta nuevos amores; los presos se ocupaban en trabajos de varios géneros, se daban ratos muy divertidos, y se esforzaban con algun otro ejercicio á robustecer su valor para recibir decorosa y noblemente su último fin. Todos los días; cuando se presentaba el llavero de la cárcel con la lista de las personas que debían trasladarse al tribunal, esto es, al patíbulo, lo rodeaban todos manifestándose ansiosos de escuchar; se daba, pues, el último vale á las víctimas nombradas, y los que quedaban tenían aun otro día para derramar lágrimas, para regocijarse, para prepararse al suplicio. Entre las murallas de la cárcel, Lavoisier empleó su tiempo en nuevas investigaciones químicas. Destutt de Tracy continuó estudiando su ideología y Jolivet proyectó su gran sistema hipotecario que mas tarde fué puesto en práctica. Andrés Chénier componía versos, y en el mismo calabozo se ligó en amistad con una hermosa niña de cuatro lustros [1] y condenado á perder la vida, exclamó

halagüeña para todos los hombres, que generalmente no tienen mucha gana de morir; pero no ha encontrado partidarios porque no conviene, y tiene en contra suya la esperiencia de todos los tiempos. Paracelso, que fué uno de los primeros en pregonarla en sus obras en el siglo XV, encontró á muchos que le honraron con el apodo de loco y á muy pocos que le prestaron oído. No queremos dejar de advertir á nuestros lectores, que Paracelso, que se jactaba de haber encontrado el elixir de la vida, que llevaba siempre encerrado en el puño de su bastón, murió cuando apenas rayaba en los cuarenta y ocho años.

[Nota del traductor].

(1) En la *Jeune captive* cantaba así:

Ainsi, triste et captif, mon esprit toutefois
S'éveillait écoutant ces plaintes, cette voix,
Ces vœux d'une jeune captive;
Et secouant le faix de mes jours languissants,
Aux doux lois des vers je pliais les accents
De sa bouche aimable et naïve.
Ces vers, de ma prison temoins harmonieux,
Feront á chaque amant des loisirs studieux
Chercher quelle fût cette belle.
La grâce décorait son front et ses discours;
Et, comme elle, craindront de voir finir leurs
jours
Ceux qui les passeront près d'elle.

TRADUCCION LITERAL.

En la *Jóven cautiva*, cantaba así:

dándose un golpe en la frente: "¡Morir tan jóven! Y sin embargo, aquí dentro había algo." En el cadalso se halló junto á Roucher, otro vate de nota á quien estrechó en sus brazos recitando estos versos de Racine:

*Oui, puisque je retrouve un ami si fidèle
Ma fortune reprend une face nouvelle.*

TRADUCCION LITERAL.

1º Sí, ya que encuentro un amigo tan fiel
2º Mi fortuna toma una nueva faz.

Estas escenas de un estoicismo enteramente material y voluptuoso, se generalizaron hasta el extremo. Aquel D'Espremenil que había patrocinado los parlamentos contra los monarcas, como hemos visto ya, vino á ser mas tarde un objeto de aborrecimiento popular, y la plebe un día se apoderó de él, lo llenó de ultrajes y se preparaba ya para arrojarle en una cloaca, de suerte que los guardias nacionales pudieron á duras penas salvarle. Este varon, visitado entonces por Petion, le dijo: "Yo he sido tambien el fúolo del pueblo, y sin embargo, repare vd. de qué modo me ha tratado; me alegraré de que vd. tenga mejor fortuna." Pudo salvarse con mucho trabajo de los asesinatos atroces que se verificaron en las cárceles en el mes de Setiembre, apelando á la estratagemas de coger un cuchillo que le dieron para que fuese pertenecer al número de los asesinos, y apresurándose entre tanto á evadirse en medio de la sangre que le cubría hasta el tobillo. Condenado á la fatal guillotina se encontró en la carreta con Lechapelier, uno de los mas calorosos representantes del estado llano, mientras que D'Espremenil había sido abogado de la nobleza. En esta ocasión, que el pueblo los abrumaba con silbidos, Lechapelier dijo á su compañero: "Seria un curioso problema de resolver á quién de los dos regalan los silbidos popu-

1.º Así, triste y cautivo mi espíritu, sin embargo
2.º Se despertaba escuchando aquellos lamentos, aquella voz,
3.º Aquellos votos de una jóven cautiva;
4.º Y sacudiendo el peso de mis días lánguidos,
5.º A las dulces leyes de los versos, yo modulaba los acentos
6.º De su boca amable é ingénuas.
7.º Estos versos, de mi prision testigos armoniosos,
8.º Harán á cada amante deseoso de expansiones
9.º Buscar quién fué esta bella.
10. La gracia condecoraba su frente y sus discursos.
11. Y como ella, temerán ver concluir sus días.
12. Los que los pasarán cerca de ella.

lares.—A uno y otro, contestó D'Espremnil."

Como si no fuera suficiente preparar los suplicios con los ultrajes que los periódicos tenían orden de dirigir á los sentenciados, ofrecíanse aquellos como espectáculo y diversion al pueblo, y se aumentaban sus rigores con toda especie de improperios, acompañando al cadalso á las víctimas destinadas al sacrificio. Una muchedumbre ébria esperaba todas las mañanas la lúgubre carreta, y la seguía atravesando las populosas calles de París, ultrajando, escarneciendo, escupiéndole, llenando de fango á los que iban en ella. La pluma se resiste á describir la horrible parte que en estos escécos tomaron las mujeres. Mirabeau había dicho desde el principio: "Si las mujeres no se mezclan en esto, nada se conseguirá;" y por lo mismo se lanzó á figurar en las sublevaciones, y llegaron á perpetrar profanaciones que en audacia sobrepujaron á las de los hombres. Fueron las primeras que violaron el palacio del rey; las primeras que llevaron en triunfo las cabezas; que vilipendiaron en la reina la honestidad de mujer y el afecto de madre; que escitaron á los asesinos; ya necesarios para ellas, como para las romanas el circo; leonas en la batalla; hienas despues de la victoria, mutilaban los cadáveres, les abrían el vientre, y los comían. Horrorizábase Théroigne de Aéricourt cuando precedía como capitana á su tropa de mujeres caníbales; otras tuvieron por oficio constante el de *insultadoras de los reos*, y entre éstas algunas esperaban á las víctimas haciendo calcete (*les tricoteuses de Robespierre*).

Diremos, sin embargo, que no faltaron para las mujeres ni los martirios ni las ocasiones de mostrarse sublimes. Doce niñas de Verdum, por haber bailado con prusianos, fueron enviadas al suplicio vestidas de blanco; derramaban lágrimas y el verdugo lloraba con ellas. Todas las monjas de Montmartre, con sus educandas, fueron al patíbulo cantando salmos en torno de su nonajenaria abadesa. Muchas querían morir con los padres á quienes no podían salvar. En cuatro meses doce mil mujeres espiraron bajo el hacha del verdugo en París, entre ellas la de Barry, que dió el espectáculo, ya inusitado, de gemir y suplicar, y la Grammont, hermana del duque de Choiseul y rival de aquella, acusada de haber proporcionado ropa blanca á María Antonieta. La princesa Isabel, hermana del monarca, que en la prisión había elevado la mente de su hermano y de su cuñada hacía el paraíso; fué á reunirse con ellos, avergonzada tal vez de ir en compañía de estas dos cortesanas. Así se ponía en práctica la igualdad [1].

Doscientas mil personas fueron aprisionadas en calidad de sospechosas hasta Noviem-

(1) Vamos á transcribir un trozo muy importante y curioso de Mr. Legouvé, acerca de las virtudes heroicas que manifestaron en la época

bre de 1793, convirtiéndose en cárceles los palacios, los colegios, los monasterios, de donde se había espulsado á los esclaustrados. Entonces se hacían prisiones en masa por barrios, por religiones, por familias, por países, por opiniones manifestadas ó presuntas. En una sola noche fueron presas trescientas familias del barrio de San German;

del terror algunas mujeres, que han hecho olvidar en parte las acciones infames que otras perpetraron; hé aquí el trozo:

"No se puede pensar sin ternura compasiva y sin un eterno reconocimiento, en el afecto y la perseverancia de que algunas mujeres hicieron alarde en la época del terror hácia los proscritos, con quienes estaban ligadas ó por leyes de sangre, ó por los lazos del himeneo, ó por amistad. Cerca de quinientas mujeres presentaron á la Convencion una petición en favor de aquellos desventurados. En todas las ciudades en donde se aprisionaba y degollaba desapiadadamente, un crecido número de mujeres arrojaron toda especie de peligros, pusieron en juego todos los medios que estaban á su alcance, se sujetaron á toda especie de sacrificios; para salvar al padre, al esposo, al hermano, al amigo.

"Madama Lefort, en uno de los departamentos del Oeste, temblando por la suerte de su esposo, que estaba preso como conspirador, logró por medio de dinero poderlo visitar. Al ponerse el sol se trasladó á la cárcel, llevando encima un doble vestido, y habiéndose quedado sola con aquel, que era el objeto de su ternura, le obligó á disfrazarse de mujer y á huir de la cárcel, quedándose ella como en rehenes de los asesinos. Al día siguiente se descubrió el hecho, y el alcaide la dijo en tono amenazador: "¡Desgraciada! ¿qué habeis hecho?—Mi deber, respondió ella; haz el tuyo."

"En Lyon sucedió otro caso semejante.

"Cuando esta ciudad valerosa se vió obligada á someterse á sus vencedores, se convirtió en un teatro de bárbaras ejecuciones. La mujer de uno de aquellos habitantes, tan luego como averigó que iban á prender á su marido, le advirtió para que huyera, dándole todo el dinero y todas las alhajas que tenía disponibles, y entre tanto ella se disfrazó con los vestidos de su esposo. A poco rato llegaron los sicarios, y habiéndoseles presentado aquella mujer en traje de hombre, la llevaron al comité. Pero habiéndose descubierto el error, le preguntaron los asesinos encendidos en ira dónde estaba su esposo, á lo que contestó: "Le he proporcionado yo los medios de escaparse, y estoy ufana de haber espuesto mi vida por salvar la suya;" entonces la desplegaron á la vista el suplicio que la esperaba si no decía por dónde se había dirigido su esposo. "Herid, matadme, respondió ella, estoy preparada á todo." La dijeron entonces, que el interes de la patria la imponía el deber de declarar: pero ella contestó: "La patria no quiere que se ultraje á la naturaleza."

"Los agentes de Robespierre fueron enviados á Fertésons-Janarre para apoderarse de la persona de Mr. Regnard, antiguo corregidor de

fueron mandados de una vez á la guillotina cuarenta y cinco magistrados de París; en otra ocasion, treinta y tres individuos del parlamento de Tolosa; y en otra, veintisiete comerciantes de Sedan. No se tomaban los jueces el trabajo de averiguar delitos, bastando el parentesco, las riquezas, la categoría, el tener apellidos históricos, parlamentarios, episcopales, y toda superioridad se castigaba por la recelosa y sombría igualdad. El vulgo, despues de haber castigado y maldecido á los aristócratas y derribado sus castillos, maldecía y amenazaba á los comerciantes al por menor porque se ha-

aquella ciudad, á quien se le culpaba de haberse mostrado demasiado respetuoso hácia el rey á su regreso de Varennes, habiéndolo debido recibir por obligacion que le imponía su cargo. Su esposa intentó todos los medios para justificarle ante los comisarios; pero creyendo haber descubierto en su semblante el fallo de muerte contra su marido, se retiró desesperadamente á su casa, y despues de haberse quitado todas las alhajas que tenía encima, corrió á una tapia de su jardín que daba al Marne, y se arrojó en aquel rio.

Paris presenció tambien, como los demas departamentos, los prodigios de la ternura conyugal.

"Madama Lavalette, que estaba presa con su consorte, habiendo averiguado que se lo llevaban al tribunal revolucionario, corrió á su encuentro, y asiéndose de su cuello é impidiéndole al mismo tiempo el paso, suplicó á los asesinos para que les llevaran juntos; pero aquellos canibales se negaron.

"Madama Devaux, cuyo esposo yacía en un hediondo calabozo, habiendo sabido la suerte que le aguardaba, aunque ne se había espedido ningun mandato de arresto contra ella, logró ser encerrada en la misma cárcel, y pereció al cabo de pocos meses en el cadalso al lado de su esposo, que tenía estrechamente abrazado.

"Madama Lavergne, esposa del comandante de Longwy, elevó su voz delante del tribunal revolucionario para defender á su marido; pero habiendo conocido que le era imposible salvarlo, y que entonces bastaba pronunciar el nombre de *viva el rey* para ser sacrificada, hizo retumbar las bóvedas de la sala repitiendo incesantemente en alta voz: "*Viva el rey, viva el rey*," y no se calló hasta haber logrado su condena al último suplicio.

"Madama Claviere, esposa de un ministro republicano, despues de haber espuesto su persona mas de veinte veces por defender á su marido, no quiso presentarse al tribunal revolucionario, en donde la esperaban sus enemigos, y prefiriendo una muerte voluntaria á la condena de aquellos tiranos, se traspasó el pecho con un puñal, pronunciando estos versos de Voltaire:

- 1.º Les criminels tremblants sont traînés au supplice.
- 2.º Les mortels généreux disposent de leur sort.

He aquí su traduccion literal.

cian pagar, y á los negociantes porque ganaban, porque monopolizaban y encarecían los víveres.

El abate Fenelon, anciano de ochenta y nueve años, que había recogido á los pobres niños saboyanos, fué acompañado de un ejército de éstos hasta el patíbulo, donde les hechó la bendicion antes de morir. Malesherbes, que había manifestado al rey durante su prision aquella adhesion que siempre es sospechosa tratándose de servicios hechos á la casa real, fué llevado al patíbulo con su hija, nieta y el marido de ésta; tres generaciones que desaparecieron á impulso de un solo golpe dado por el verdugo.

- 1.º Los criminales son arrastrados al suplicio temblando.
- 2.º Los mortales generosos disponen de su suerte.

"Madama Isabel habría podido evitar los peligros que amenazaban á los Berbones uniéndose á sus dos hermanos, que emigraron de Francia; pero ella prefirió quedarse con el mas desventurado [Luis XVI], y arrojó la muerte con toda la calma de una alma pura. Habíendose caido en el coche que la conducía al lugar del suplicio, su schal del cuello, cuando subió al patíbulo dirigió al verdugo estas palabras tan memorables: "Cubridme el seno en nombre del pudor."

Podríamos enriquecer aun mas esta nota con otros nombres de mujeres ilustres que descollaron en la época del terror; pero considerando que basta lo dicho para formarnos una idea de lo que fueron entonces algunas heroínas francesas, acabaremos nuestra nota insertando los versos siguientes:

- 1.º ¡Combien leurs sentiments les rendent magnanimes!
- 2.º La peur régnait par tout: plus de cœurs, plus d'amès;
- 3.º Le français du français paroissoit l'ennemi.
- 4.º Chacun savoit mourir, nul ne savoit défendre.
- 5.º Elles seules, d'un zèle ingénieux et tendre,
- 6.º Pour détourner la mort qui nous menaçait tous,
- 7.º Osèrent des tyrans aborder le courroux.

Vamos á dar su traduccion literal.

- 1.º ¡Cuán magnánimos son sus sentimientos!
- 2.º Reinaba por do quiera el temor: ya no había afectos, no había amigos,
- 3.º El francés parecía enemigo del francés.
- 4.º Cada uno sabía morir; pero ninguno sabía defender,
- 5.º Ellas solas, con celo ingenioso y tierno,
- 9.º Para alejar la muerte, que nos amenazaba á todos,
- 7.º Osaron arrostrar la cólera de los tiranos.

Le mérite des femmes, nouvelle edition, augmentée de poesies inédites. Par Legouvé.—Paris, año de 1824.—Pág. 70 y siguientes.

(Nota del traductor).

Perecieron en esta ocasion los antiguos ministros, los miembros de los parlamentos, los mariscales, los hacendistas; y sus palabras en el suplicio son una prueba del valor que dan la virtud ó la costumbre. Muchos hombres científicos se salvaron por hallarse ocupados en reformar las pesas y medidas. Lavoisier, que con Berthollet y Fourcroy habia facilitado recursos para la guerra, fué preso con treinta y dos asentistas, acusado de haber echado agua en el tabaco, y sentenciado á muerte con todos los demas, sin que se accediese á la peticion que hizo de una próroga para acabar un descubrimiento de química.

Doscientos miembros de la Constituyente fueron enviados al cadalso, entre otros Bailly, hombre sencillo y lleno de bondad, que no dejaba de ver la mano de Dios en los astros, donde ya no se queria ver mas que la atraccion de la materia, y que se habia lanzado á la revolucion con las candidas esperanzas que al principio animaban á todos, habiéndose esforzado tambien á sustraer alguna cabeza del suplicio; condenado á la guillotina (11 de Noviembre de 1793), y á fin de que el suplicio fuese mas infamante, habia sido erigido sobre un muladar, cuando uno de aquellos miserables, que por salario ó por sus perversos instintos se ocupaban en insultar á los sentenciados á muerte, le dijo: *¡Qué! ¡tiemblas? Si, camarada,* contestó Bailly, *pero es de frio.* Allí perecieron tambien muchos generales, y Barnave, que fué víctima sin haber sido perseguidor, y que en su retiro habia sido acusado por los consejos dados á Luis.

Custine, sucesor de Dumouriez en el mando del ejército, proyectando levantar la Alemania, habia penetrado en ella inconsideradamente, y salvándose despues por medio de una prudente retirada. Creyósele por esto culpado, y tanto mas, cuanto que se habia mostrado triste el 31 de Mayo, y habia calificado de perturbadores á Robespierre y Marat. Ante acusaciones tan vagas, vacilaba el tribunal revolucionario; pero éste fué acusado en la Convencion de usar contempORIZACIONES Y FORMAS REGULARES, y por último el general fué condenado á muerte.

Jamas se vió tanta facilidad para morir y matar en el campo ó en la guillotina, sin idea de sacrificio ó de peligro, por sistema ó por costumbre. Si alguno manifestaba compasion, se decia que aspiraba con la clemencia á usurpar la opinion y el poder. Desagradaban los restos de formalidades que usaba el tribunal revolucionario, donde uno, defendiéndose, podia todavia decir la verdad: si habia pruebas materiales ó morales no eran necesarias declaraciones de testigos; los conspiradores no tenian mas defensor que la conciencia de los jurados, y la muerte era la única pena que éstos imponian. Estaba, pues, la vida á merced del tribunal, y algunos decian que sobre las prisiones atestadas de gen-

te podria ponerse en breve una inscripcion que dijera: *se alquila este edificio.* Fouquier, acusador, se manifestaba tan encarnizado enemigo contra los culpados, que Collot le dijo cierto dia: *¿cómo es eso? ¿quieres desmoralizar el suplicio?* Conducianse á carretadas los presos, los acusados, los sentenciados á muerte, y no era poco comun incurrir en errores. En una ocasion fué presentado al tribunal un individuo que no estaba en lista; *¿qué importa?* dijo Fouquier, y lo envió al patíbulo. Llamábase al tribunal á personas ya ejecutadas, y se enviaban al cadalso unas personas por otras, todo con la mayor indiferencia. En la imprenta estaban ya impresas las sentencias con los motivos, y no habia que hacer mas que llenar el nombre. Matábanse de cincuenta á sesenta personas cada dia, y decia Fouquier: *bueno va, las cabezas caen como piedras. Más ligereza en la década futura; es preciso que caigan á lo menos cuatrocientas cincuenta.* Billaud exclamaba: "El tribunal revolucionario cree que ha hecho una gran cosa cuando manda cortar sesenta ó ochenta cabezas: un número siempre igual no causa espanto, es preciso duplicarlo." Vadier añadia: "es necesario poner un muro de cabezas entre el pueblo y nosotros;" se elevó el número á ciento cincuenta al dia, y hubo que construir un canal para dar salida á la sangre.

Las numerosas ejecuciones de la guillotina solo se suspendian para dar lugar á centenares de otras en las cárceles, y mantenian en el vulgo la aparente emocion de un delito castigado, de un gran peligro evitado por la vigilancia republicana. Para sacrificar á millares de presos, gente desconocida cuya culpa no se sabia formular sino dándole el título de moderacion, se imaginó que estando en la cárcel debian desear con ansia salir de ella, y deseándolo debian intentararlo; suponiendo, pues, este hecho consumado, se enviaba al suplicio á los que no se les podia culpar de otra cosa. Llenáronse las prisiones de espías que creaban el delito, escitando á hablar mal para denunciar á sus interlocutores como aristócratas; así que en las cárceles se agregaba al terror la desconfianza. Desde Marzo á Junio de 1793 las víctimas fueron noventa y cuatro mil quinientas sesenta y siete; del 10 de Junio al 27 de Julio, mil doscientas ochenta y cinco; y París comenzaba á tener compasion, pero temblaba.

Semejantes escenas se reprodujeron en toda Francia; Carrier, cuya filosofia consistia en el asesinato, cuyos deleites se cifraban en la efusion de sangre, y que mataba sin saber por qué, esterminó en la Vendée á pelotones de ciento y doscientas personas inermes, respondiendo á las reclamaciones de los infelices y de los magistrados con la amenaza de enviarlos á la guillotina. Casi diez mil individuos habia en las prisiones de Nantes; y porque el fusilamiento le pareció largo, y difícil el sepultar los cadáveres, los

ahogó á centenares en el Loira (1). Hizo perecer tambien á los niños de los vendedores recogidos por la piedad de los nanteses; así que, de cuatro á cinco mil fueron sacrificados en pocos dias. En Burdeos, en Marsella, en Tolon, se ametrallaba á los sentenciados; mil seiscientos ochenta y cuatro perecieron en Lyon; y si se reclamaba contra tantos abusos, la junta de salvacion respondia: "la libertad es una virgen de quien no se debe alzar el velo."

Maignet, enviado á los departamentos de Yauclusa y de las Bocas del Ródano, escribia á Couthon lo siguiente: "Me mandas que conduzca á Paris á los conspiradores; pero como son de doce á quince mil, la convencion seria muy costosa y arriesgada; por otra parte es preciso aterrar, y el golpe no es espantoso sino á la vista de los cómplices." Por consiguiente solamente en Orange se mataron trescientos ochenta. Acharid escribia á Gravier: "Mas cabezas, siempre cabezas. ¡Qué delicia si hubieras visto el otro dia esta justicia nacional cayendo sobre doscientos nueve criminales! ¡Qué majestad! ¡Qué tono imponente! Todo edificaba. ¡Cuántos grandísimos pícaros mordieron aquel dia el polvo! ¡Qué abono para hacer fructificar la república! Aunque ya van sacrificados mas de quinientos, todavia lo serán doble número, y luego mas (2)." Y Collot d'Herbois exclamaba: "vosotros, habitantes de la voluptuosa capital, estais enervados. Es timidez degollar á los enemigos de la patria; conviene ametrallarlos; os lo he dicho cien veces."

La misión de Le Bon en las fronteras del Norte (dice Prudhomme) puede compararse á la aparicion de las furias. En los dias fes-

(1) "Gran número de mujeres, las mas de ellas en cinta y otras con niños de pecho en los brazos, son llevadas á bordo de los buques.... Las inocentes caricias, la sonrisa de estas tiernas víctimas, produce en el alma de las llorosas madres una sensacion que acaba de desgarrarles las entrañas. Las infelices responden ardentemente á sus caricias, ¡ah! pensando que son las últimas. Una de estas mujeres pare en la playa, y los verdugos apenas la dejan tiempo de salir de este grande apuro. Se adelantan; todas son hacinadas en el barco, y desnudas completamente, se les atan las manos á la espalda. Los chillidos mas agudos, las reconvencciones mas amargas de estas desventuradas, aturden por todas partes á los verdugos; Touquet, Robin y Lambery responden á sablazos, y aquellas infelices ya bastante ocupadas en ocultar su desnudez á los monstruos que las ultrajan, apartan temblando la vista de sus compañeras desfiguradas, que agonizantes vienen á exhalar el último suspiro á sus pies. Pero se da la señal; los ejecutores alzan las cañoneras de un hachazo, y el agua las sepulta para siempre."

RIOUFFE.

(2) *Rapport des vingt-un pièces annexées,* número 49.

tivos (1794) se disponia la orquesta al lado del patíbulo, y Le Bon decia á las jóvenes: "seguid la voz de la naturaleza, abandonaos á vuestros amantes." Muchachos corrompidos por él componian su guardia y eran espías de sus padres; algunos se habian construido pequeñas guillotinas, con las cuales se divertian en dar muerte á pajarillos y ratones. Le Bon, despues de haber deshonrado á una mujer que se habia entregado á él por salvar á su marido, hizo cortar la cabeza á éste á vista de aquella, á quien no quedó sino el horror de su sacrificio: género de atrocidad que se repitió muchas veces.

A todo lo referido se agregaba tambien el insulto, llamándose fuego de fila á este modo espedito de proceder; bautismo republicano al acto de ahogar en el rio por centenares, y matrimonio republicano al de atar juntos á un hombre y una mujer desnudos para arrojarlos al agua. Coffinhal dijo á un maestro de esgrima condenado á muerte: *para ese golpe.* De una señora sorda dijo el presidente Dumas: *ha conspirado sordamente.* A una joven que alegaba no tener mas que diez y seis años: *tenes ochenta para el delito;* y á un anciano á quien la parálisis impedía el habla: *no es la lengua la que queremos, sino la cabeza* [1].

Así el miedo inexorable multiplicaba el número de las víctimas de todo sexo, edad, partido, categoría, virtud, delito. Así el vulgo ignorante llevaba á cabo lo que habian preparado los sabios: así la sociedad recibia un nuevo bautismo con sangre. Se dice que el terror salvó la revolucion y la libertad: ¡ah! no se salvan las causas deshonrándolas.

Entre tanto no llegaban á Paris carnes de la Vendée, con el hambre y las necesidades crecia el descontento, y con éste se aumentaban los espías y la crueldad. Muchos que habian hecho papel en las fiestas del ateísmo perecieron entonces, y entre ellos Cloodt. Era éste un opulentísimo baron alemán que se titulaba orador del género humano y enemigo personal de la Divinidad. Apóstol de la república universal, no veia en la revolu-

(1) "Algunos opinan que los tribunales revolucionarios no hicieron mas que seis mil víctimas. No son pocas; pero veamos si está bien hecha la cuenta. El primer número del *Boletín de las leyes* contiene el decreto que instituye el *Tribunal revolucionario*, estableciendo que la única pena que éste imponga sea la de muerte. El artículo IX autoriza á todos los ciudadanos para prender y conducir ante los magistrados á los *conspiradores* y á los *contra revolucionarios*. El artículo XIII dispensa de la prueba de testigos, y el XVI priva de defensor á los *conspiradores*. No habia apelacion de las sentencias de este tribunal. Tal es la gran base sobre que fundamos nuestra admiracion.

"El republicano Prudhomme, que era adicto á la revolucion y que escribió cuando la sangre aun estaba caliente, nos dejó seis tomos de pormenores, dos de los cuales contienen un diccionario en